

De mármol ó de bronce
 Tiene sin duda el pecho ó de diamante
 Aquel á quien tal situacion no espante;
 Pues que, no obstante su sin par denuedo,
 Marfisa misma entonces
 Confesó que tembló. No menor miedo
 Aflige á los demas. Cual peregrino
 Partir piensa al Calvario, á Compostela;
 Cual ir á Roma, Utino
 Ú otros parajes célebres promete.
 Del mar en tanto su bajel juguete
 Baja al abismo ó por las nubes anda.
 En tal conflicto, por ahorrar trabajo,
 Que el mástil se eche abajo
 El cauto jefe á sus secuaces manda.
 Y que á la mar el cargamento arrojen,
 Y que de sus lujosos ornamentos
 Las espléndidas cámaras despojen.
 A las bombas atentos
 Otros dentro del mar al mar rechazan;
 Otros unen las vigas y maderos,
 Que en su furor las olas despedazan.

Cuatro dias enteros
 Duró esta cuita grave
 Que, á durar uno mas, victoria plena
 Diera á la mar sobre la rota nave.
 De su cansada gente la esperanza
 Vino á alentar, cual iris de bonanza,
 De Santelmo por fin la luz serena
 Brillando sobre un resto de cornisa,
 Pues en pié no quedó mástil ni entena.

Esta estrella de paz no bien divisa
 El marinero, póstrase de hinojos,
 Y con trémula faz y húmedos ojos
 Pide al cielo merced. Callan de pronto
 Aquilon y mistral. Único dueño
 Queda poniente del airado ponto,
 Y de tal modo la onda amarga agita

Que por ella se lleva al frágil leño,
 Cual balcon que su vuelo precipita,
 Inspirando recelos al piloto
 De verlo en breve sumergido ó roto.

Remédiase á este mal, por popa echando
 Gruesas boyas que al buque retardando
 Dos tercios van en su veloz carrera.
 Esto alentando á la affigida gente,
 Al bajel impidió que pereciera.

De Layacio en el golfo una ensenada
 Ve el patron por dos fuertes resguardada.
 Entrando en ella, con dolor advierte
 Su error funesto. Esclavitud ó muerte
 Allí le aguarda; y si de nuevo parte,
 ¿Cómo podrá con su indefenso leño
 Oponer á las ondas un baluarte?

Miéntras en tal indecision estaba,
 El riesgo le amagaba
 De que armadas saltasen
 En sus naves las gentes de la tierra,
 Y á la suya atacasen
 No apercebida para hacer la guerra.

La causa de esta cuita
 Preguntando el caudillo de Inglaterra,
 Respóndele el patron: « Raza maldita
 « En esta tierra habita
 « De mujeres que, bárbaras, entregan
 « A muerte á cuantos hombres aquí llegan.
 « Solo evita el suplicio ó el oprobio
 « El que en el campo á diez guerreros venza,
 « Y en el lecho de novio
 « A diez virgenes sirva sin vergüenza.
 « Si, vencedor en el primer combate,
 « Sucumbe en el de amor, mandan las leyes
 « Que sin piedad al punto se le mate,
 « Y que para cayar ó guardar bueyes
 « Todo el que le acompañe quede esclavo.
 « Si hay alguno tan bravo

« Que en ambas lides salga victorioso ,
 « Dando á los suyos libertad , esposo
 « Será de diez doncellas ,
 « Que elegirá á su gusto entre las bellas. »
 No pudo Astolfo contener la risa
 Al escuchar costumbre tan extraña.
 Hacia él en esto lléganse Marfisa
 Y Grifon, Sansoneto y Aquilante.
 El patron á su encuentro se dirige,
 Y, narrando la pena que le aflige,
 « Morir quiero en el mar de una vez, » dice,
 « No, esclavo, soportar vida infelice. »

Así los marineros,
 Así los navegantes opinaron;
 Mas de distinto parecer se hallaron
 Marfisa y sus valientes compañeros,
 Que del airado mar á los embates
 Temblaron, mientras nada
 Temblar les hizo en medio á los combates
 Donde pudieran manejar la espada.

Por ir á tierra anhelan los guerreros,
 Y, mas que todos, el Breton porfia,
 Que de su trompa á los bramidos fieros
 La destruccion de su rival confia.
 Los unos pues desembarcarse quieren,
 Los otros á alta mar salir prefieren,
 Cuando al patron el bando fuerte obliga
 A que hacia tierra su camino siga.

No bien entra en el puerto
 El misero bajel, cuando, provista
 De mucha gente y de patron experto,
 Aparece á su vista
 Otra nave mayor, que sujetando
 Al destrozado leño, remolcando
 Hacia tierra lo va. Contrario el noto
 A las velas, empero,
 Se opone, y al remero y al piloto,
 En tanto que la cota y el acero

Los guerreros alistan
 Y á sus gentes exhortan á que embistan.
 Tiene el puerto la forma de herradura
 Y mas de cuatro millas de contorno;
 Doscientos pasos [tiene su abertura
 Y á cada lado un fuerte por adorno.
 Sobre un monte, á manera de anfiteatro,
 La ciudad junto al puerto
 De los vientos del Sur se halla á cubierto.

Apénas el bajel toca la orilla,
 Cunde veloz la nueva por la villa.
 Armadas de arcos llegan sin tardanza
 Seis mil mujeres, que, segun su usanza,
 Con naves y con cuerdas de la fuga
 Les quitan hasta la última esperanza.

De estas mujeres una, á quien arruga
 Decrépita vejez la altiva frente,
 Llamar hace al patron. Incontinentemente
 De aquel reino le narra la costumbre,
 Y que elija le manda
 Entre muerte ó perpetua servidumbre.

« De eludir esta ley un medio os queda, »
 Dice: « si uno tan fuerte
 « Entre vosotros hay que dar la muerte
 « A diez guerreros en el campo pueda,
 « Y en el lecho en seguida
 « Servir á diez doncellas de consorte,
 « Dueño y señor será de nuestra corte,
 « Y partir los demás podréis con vida. »

En vez la vieja de infundirles miedo,
 De los héroes dobló la gallardía,
 Que cada cual, merced á su denuedo,
 En una y otra lid vencer confia.
 Marfisa, por desgracia,
 Entrar en la segunda no podia;
 Mas en cambio esperaba que su audacia
 De tal obligacion la eximiria.
 Todos de acuerdo, presto

Mandaron al patron que á tierra fuese,
Y á la vieja dijese que, dispuesto
A combatir, en el bajel se hallaba
Mas de uno que sus pactos aceptaba.

Álzase el ancla pues, hácia la orilla
Empujan el bajel los marineros,
Y un grupo de caballos y guerreros
Sobre la puente improvisada brilla.
Por medio á la ciudad luego pasando,
Miles ven de mujeres altaneras,
Lijeras por las calles cabalgando,
Y en la plaza lidiando cual guerreras.
Calzar espuela, ni ceñir espada,
Ni armas allí vestir el hombre puede,
Que á diez tan solo este favor concede
La antigua ley que arriba va citada.

Por esta usanza, que los sexos trueca,
A la aguja ó la rueca
Viven eternamente condenados
Los pocos que allí viven, pues apénas
Por mil mujeres se contarán ciento.
En femenino traje embarazados
Marchan con mustia faz y paso lento;
Alguno entre cadenas
Vive, y otros vegetan destinados
A arar la tierra ó á guardar ganados.

Dejar los héroes quieren á la suerte
Que decida quien deba
El primero tentar la doble prueba.
Mas cada cual al proponerlo advierte
Que el nombre de Marfisa no entre en urna,
Pues no puede arrostrar la lid nocturna.

La dama este propósito combate,
Y la suerte decide que ella sea
La primera que salga á la pelea.
« Morir prefiero, dice, en este embate,
« Que á torpe esclavitud no me acomodo.
« Con este acero, » y muéstralo desnudo,

« De ese embrollo saldré, que bien el modo
« Sé con que el rey Lacedemonio el nudo
« De Gordio desató; y hacer hoy quiero
« Que, miéntras rueda el orbe sobre su eje,
« De nuevo el extranjero
« Del furor de esas gentes no se queje. »

De su acento altanero
Cada cual conmovido, á la contienda
Sus esperanzas todas encomienda.
Cubierta de su malla
Se presenta Marfisa en el cercado
Que para tales juegos reservado,
De la ciudad en lo mas alto, se halla.

En torno dél se extiende en anfiteatro
Inmensa grada, y cuatro
Puertas de bronce entrada
Dan á la grey que marcha tras Marfisa,
A quien montada en esto se divisa
Sobre un tordo corcel de manchas bellas,
Salpicada la piel como de estrellas.

En su cabeza brilla
Ojo radiante que revela audacia;
Jamás, en fin, piafó bajo la silla
Caballo de mas garbo y de mas gracia.
Tal pensáralo al ménos Noradino
Cuando á ofrecerle á la doncella vino.

Por la puerta que mira á mediodía
Marfisa entró. De trompas y clarines
El eco estrepitoso oye bien presto,
Y á los diez paladines
Ve luego entrar por el costado opuesto.

Mas que los otros nueve, el que los guía
Muestra en su gesto esfuerzo y bizarría.
Delante llega comprimiendo el flanco
De un fogoso corcel, cuya piel negra,
En el pié zurdo y en la frente, alegra
De escasos pelos ramillete blanco.
Del color del caballo, la armadura

Del caballero claramente dice
Que , cual huye la luz de noche oscura,
La dicha huyó de su ánima infelice.

Dada que fué de comenzar la seña,
Cada cual de los nueve el asta baja,
Excepto el de lo negro , que desdeña
Entrar en el combate con ventaja.

A la ley de esta tierra
La ley anteponiendo de la guerra,
A un lado se retira
Y el desigual combate atento mira.

Contra los nueve en rápida carrera
La dama corre , enarbolando el asta
Que del buque eligió entre las entenas,
Y que á mover apénas
La fuerza junta de cuatro hombres basta.

Del primer adversario á quien ataca
Hace pedazos el fornido escudo,
Y la cota y el pecho atravesando,
De lanza un palmo por su espalda saca.
Retirándola luego
Sin vida del arzon á dos derriba,
Que al poder de su brazo solo iguala
El del obus al despedir la bala.

Muchos embates resistió su cota,
Ninguno empero quebrantarla pudo;
Pues, cual rechaza el muro á la pelota,
Así los rechazó su fuerte escudo,
Que por raro prodigio
Templado en la onda fué del lago Estigio.

Párase ; vuelve luego
De su caballo á estimular el fuego,
Y hasta la empuñadura
En sangre tiñe el hierro , que en pedazos
A aqueste la cabeza , á aquel los brazos
Corta veloz ; por medio á la cintura
Parte al otro , dejando
La mitad de su cuerpo cabalgando ,

La otra mitad sobre la tierra dura.

Así partido aqueste

Uno de aquellos votos parecia

Que , agradecida á la bondad celeste,

Cuelga en los templos una mano pia.

Huye el otro. Hasta el medio de la plaza

Le persigue la virgen , y de un tajo

La cabeza y el yelmo le echa abajo.

Muertos en suma todos , ó en la tierra

Tendidos , cesa esta terrible guerra.

El que rigiendo á los demas venia,

Hasta entónces inmóvil , á un costado

De la lid retirado ,

Los prodigios de esfuerzo y bizarria

Ve que uno solo contra nueve hacia ;

Y , no queriendo que á temor se achaque

La tardanza que puso en el ataque ,

La diestra alzando en seña

De que algo tiene que exponer , avanza ,

Y « ¡oh guerrero ! » le dice (pues ni sueña

Que quepa en una dama tal pujanza)

« De dar ya muerte estar debes cansado.

« Cansarte mas no fuera delicado ,

« Ni de mi espada en gloria

« Redundara por tanto la victoria.

« Así pues , en tu obsequio , esta contienda

« Pido que hasta mañana se suspenda.

— « Gracias mil por tu oferta , que rehuso , »

Interrumpe la virgen , « pues ni nuevo

« Me es de las armas ni molesto el uso.

« Ven y verás cuan presto te lo pruebo ;

« Ven , que tomar reposo honor me veda ,

« Y al sol buen rato de su luz aun queda.

— « Plugiese , » dice el otro , « al cielo justo

« En todo , cual en esto , darme gusto ;

« Mas teme que ese sol , cuando oscurezca ,

« Por siempre para tí desaparezca. »

Dice ; manda que aprisa

Se le traigan dos lanzas, y una dellas
Entregando á Marfisa,
Espera solo del clarin el toque.
Escuchándolo embistense, y el viento
Y el mar y el suelo, á tan violento choque,
Estremecidos zumban. Voz y aliento
Contienen todos cuantos ven la lucha,
Y cada cual atento

Con ansia mira y con cuidado escucha.

Por arrojar á su contrario en tierra
Contra él la dama furibunda cierra.

Él, aguerrido y fuerte,
La lanza enristra para darle muerte.

Cual dos mimbres que el sol puso pajizas,
Saltan al aire con crujido horrendo
Las dos sólidas lanzas hechas trizas.
El encuentro cruel los corbejones
Troncha de ambos bridones que cayendo
Derriban á los bravos campeones.

A embates de este género avezada
La doncella aguerrida,
A miles de guerreros en su vida
La silla hizo perder de una lanzada;
Mas por la vez primera hoy en el suelo
Viéndose, siente inmensa pesadumbre.
Ni es menor del contrario el desconsuelo,
Que, contra su costumbre,
Vino á tierra también. Apenas tocan
Ambos el suelo, se alzan, se provocan,
Y con golpes crueles
Hacen crujir las cotas y broqueles,
Que deben ser mas sólidos que un yunque
Para que tanto golpe no los trunque.

No es Marfisa mas fuerte que el guerrero;
Igual valor en ambos se percibe,
Igual arte y pujanza. Cada acero
Vuelve al instante el golpe que recibe.
Testigo de esta bárbara querrela

La femenina turba no concibe
Como el guerrero y como la doncella
A tanto y tanto golpe sobrevive,
Y proclama sin pares en valientes
A los dos esforzados combatientes.

« No ha sido poca la fortuna mia, »
Marfisa se decía,

« De que se haya negado tal denuedo
« Al de los nueve unir su noble guía,
« A quien apenas resistir yo puedo.

— « Dichoso fui, » pensaba el caballero,
« De que fuese mi oferta desechada,
« Que, casi en vano, defenderme quiero
« Contra esa diestra de matar cansada.
« ¿Qué será si una noche de reposo
« Torna á alentar el brazo vigoroso? »

Así pensando, cada cual procura
A su adversario herir. Mas ya la tarde,
Empañando del sol la lumbre pura,
Les veda hacer de su valor alarde.
Sobreviene la noche, y el primero
Así rompe el silencio el caballero :

« Pues que en igual fortuna
« Nos viene á sorprender noche importuna,
« Soy de opinion que salva
« Guardes la vida hasta que luzca el alba.
« Si otorgar de tu vida
« Solo puedo una noche á la medida,
« No te quejes de mí, mas bien te queja
« De la ley que aquí rige. El cielo sabe
« Cuanto te compadezco y á tu gente;
« Con ella pues hácia mi estancia vente
« Si perecer no quieres;
« Pues de los nueve á quien mató tu lanza,
« Las noventa mujeres
« Forjando estan ya planes de venganza.
— « Acepto con placer, » Marfisa dice,
« Tu bondoso hospedaje, pues confío

« En tu ánimo cortes mas que en tu brio.
 « Mas cálmate por Dios, No temas verte
 « En la necesidad de darme muerte.
 « Teme mas bien por ti, pues bien has visto
 « Cual de tu espada el ímpetu resisto.
 « Así pues, cese ó siga la batalla,
 « Alúmbrennos el sol ó las estrellas,
 « Dispuesto siempre se halla
 « Mi brazo vencedor en mil querellas. »

A su rival, no obstante, otorgar quiso
 Que, hasta que el sol de nuevo apareciese,
 Se dejase indeciso

Cual de los dos mas esforzado fuese.
 En cambio el noble jóven á Aquilante,
 Al buen Grifon y á los demas se llega,
 Y que vengan con él tambien les ruega.

Sin recelo los héroes aceptaron
 Este convite, y juntos caminaron,
 Al resplandor de fulgidos blandones,
 A un suntuoso palacio dividido
 En muchos y magníficos salones.

Al llegar á su estancia
 Su yelmo alza el guerrero,
 A todos sorprendiendo. De arrogancia
 Llena su noble faz, no descubria
 Diez y ocho años cumplidos todavía.

Estupefacta queda la doncella
 De que quepa á esa edad tal bizarría,
 Y estupefacto él quédase, al par della,
 Al ver su rostro bello
 Y de su sexo el delator cabello.
 Mutuamente su nombre
 El uno al otro se pregunta en tanto.
 El del jóven empero no os asombre
 Si descubrir difiero hasta otro canto.

CANTO XX.

Historia de Guidon el Salvaje. — Origen y establecimiento de aquella colonia de mujeres. — Marfisa y los paladines tratan de salir de allí. — Opónense las mujeres guerreras, á las cuales dispersa Astolfo valido de su trompa. — Llegada de Marfisa y sus compañeros á Marsella. — Extrañas reyertas de Marfisa con Pinabelo y con Zerbino por la vieja Gabrina.

Que las mujeres de la edad antigua
 Grandes cosas han hecho
 De las armas y ciencias en provecho,
 La historia claramente lo atestigua.
 Arpácile y Camila son famosas
 Por su ardor y pericia en los combates;
 A Corina y á Safo obras preciosas
 Por siempre han puesto al lado de los vates.

Cosa es tambien notoria
 Que á una alta perfeccion, en todo aquello
 A que se ha dedicado, el sexo bello
 Casi siempre llegó. Si á su memoria
 Ha habido edad que no haya tributado
 Los debidos honores,
 Durar no puede siempre tal estado,
 Que sin duda ha creado
 La envidia de ignorantes escritores.

De mérito hay tal suma
 En muchas damas hoy, que conjeturo
 Que al papel y á la pluma
 Dará ocupacion en lo futuro.
 De la calumnia la malvada lengua
 Tendrá que enmudecer llena de mengua
 Ante tan nobles hechos, á los cuales
 Serán los de Marfisa apena iguales.

Mas, volviendo á Marfisa, decir debo
 Como al cortes mancebo,
 De quien el nombre conocer desea,